

Puestas allí son síntesis que todo lo cobijan.—GRACIELA ILLANES ADARO.

https://doi.org/10.29393/At253-254-237CFMA10237

LA CONTROVERSIA FILOLÓGICA DE 1842, por *Norberto Pinilla*.
Santiago, 1945.

La presencia de don Domingo Faustino Sarmiento en la sociedad santiaguina del año 1841 fué de un indudable provecho para nuestra cultura porque detrás de aquel hombre rudo en su aspecto había un aguerrido soldado del progreso y de las ideas. Poco tiempo después de haberse instalado en su modesta cova-cha del Portal Sierra Bella inició, desde «El Mercurio» de Valparaíso, su misión de cruzado con una constancia y fiereza que realmente sorprende en un extranjero que parece no haber parado mientes de que estaba en casa ajena. Criticó la política, la economía, las costumbres, las ideas del país como si lo hubieran llamado especialmente a cumplir entre nosotros esta misión. Nada parece arredrarlo. Obscuras, misteriosas y benditas fuerzas de su ser lo empujan con renovado brío contra los grandes enemigos de su espíritu: la barbarie, el analfabetismo, la tiranía, la inactividad. Da golpe y los recibe sin echar pie atrás como si hubiese nacido nada más que para la lucha y el combate febril.

Norberto Pinilla ha compilado en el libro que encabeza este comentario uno de estos combates, el primero en el orden cronológico, y acaso el más importante de todos. Con acuciosidad y buen método ha reunido los distintos artículos que componen aquel famoso debate sobre cuestiones idiomáticas en que participaron Sarmiento, Andrés Bello y José María Núñez como actores principales defendiendo intereses ideológicos distintos. Armando Donoso bautizó la polémica con el nombre de «gramatical». Pinilla ha creído más conveniente llamarla «filológica».

Extractaremos sus acápites principales por considerarlo de interés para los lectores.

En las primeras páginas del libro nos encontramos con el artículo titulado «Ejercicios populares de la lengua castellana», del ex profesor del Instituto Nacional, Pedro Fernández Garfias. Señala el autor en sus páginas algunos vicios del habla chilena y sus correcciones. Se dice «acomular», debe decirse «acumular». anota el articulista entre otros muchos ejemplos. Empero, tanto o más importante que los «Ejercicios» resultó la nota bibliográfica que le dedicó Sarmiento el mismo día de su publicación por las reacciones que suscitaron sus ideas en el maestro Bello.

Según el emigrado argentino los idiomas los hacen los pueblos y no los gramáticos. Estos son «como el senado conservador creado para resistir a los embates populares, para conservar la rutina y las tradiciones». Las palabras en uso, las que todos hablan deben incorporarse al diccionario. Don Andrés Bello al leer esto «creyó que un ladrón entraba a su huerto», como ha dicho Ricardo Rojas, biógrafo genial del hombre genial, y salió a su encuentro mohino y disgustado. Le espeta duras palabras, argumentos sólidos: «A la verdad—dice en uno de los primeros párrafos—que no para las mientes (no que lo monos) el avanzado aserto de los redactores atribuyendo a la soberanía del pueblo todo su predominio en el lenguaje». La alusión al emigrado sanjuanino no puede ser más directa. Este firmó un buen número de artículos en «El Mercurio» con el pseudónimo «Pinganilla», nombre de un mono que exhibían por ese tiempo los circos ecuestres y que era muy popular por sus habilidades. Defiende en seguida el papel de los gramáticos, «custodios de un idioma» a quienes está encargado defenderla de la invasión de los barbarismos y solecismos.

Critica, por último, la degradación a que ha llegado en esta materia «un pueblo americano», ilustre en otro tiempo donde el castellano ha pasado a ser un dialecto español-gálico, porque se apartaban de los buenos modelos españoles.

Nada reacio, Sarmiento contestó a don Andrés Bello con el calor y entusiasmo en él característicos. Defiende a los literatos de su país, a sus poetas. Estos a diferencia de los chilenos, habían escrito «más versos que lágrimas han derramado sobre la triste patria», no obstante las dificultades imperantes en ella por las luchas intestinas, luchas que nosotros habíamos superado. Los venerables modelos, la paz social, la posesión de un idioma castizo, habían obrado en un sentido contrario al que podía esperarse de la inteligente juventud chilena. ¿Por qué? Sarmiento no tiene empacho en decirlo. El motivo de tanto atraso, de tanta inercia y esterilidad creadora se debe «a la perversidad de los estudios que se hacen», al «influjo de los gramáticos», al respeto a los admirables modelos, al temor de un infringir las reglas. Y a renglón seguido lanza la estocada final al factor único de este estado de cosas, al maestro venezolano, guía e inspirador de nuestra cultura. Pide para él el ostracismo por el delito de ser un literato demasiado culto y de haber profundizado más allá de lo que nuestra civilización exige, los arcanos del idioma, y por haber hecho gustar a nuestra juventud las exterioridades del pensamiento y no sus rumores profundos.

Las últimas palabras debieron sonar por aquellos años a herejía y sin nombre. Don Andrés abandonó el campo pasando a ocupar su lugar su discípulo José María Núñez. A poco andar, este también se retiró de la lucha que ya llevaba meses largos y fatigosos.

Tal fué, a grandes rasgos, la controversia filológica que Norberto Pinilla, escritor ahincado en lo nuestro, en el espíritu de nuestra cultura, nos permite conocer en su erudita y utilísima compilación. El prólogo del libro es parco, y no avanza tampoco juicio acerca del significado más hondo que para los destinos de América tiene la actitud polémica de estos dos altos varones del pensamiento neoespañol. Rufino Blanco Fombona, Miguel Caro, Mariano Picón-Salas han intentado captar este aspecto que Pinilla ha omitido. Terminaremos este breve comentario con las

consideraciones que uno de ellos, Picón-Salas, hiciera tratando de coger más a fondo el sentido de la controversia: «Si en la memorable polémica de 1842,—dice en un artículo publicado en Chile el año 1929—Sarmiento representa el nacionalismo argentino con su programa de urgencia inmediata, con su impetuosa voluntad étnica, en Bello estaban los intereses más históricos de la cultura, de la cultura como tradición y dominio común de todos los hombres. En Bello está la tentativa inicial de la cultura hispanoamericana. Contra los particularismos geográficos y psicológicos que ya nos separaban, Bello defiende el idioma como la esencia misma de la unidad y el pensamiento europeo sin cuya transfusión en nosotros, no podíamos crear ni ciencia, ni literatura». Demás está decir que compartimos el criterio del distinguido escritor venezolano.—M. A. V.



SANTIAGO LITERARIO Y ARTÍSTICO, Ensayo de *Graciela Illanes Adaro*. (Prensas de la Universidad de Chile)

Santiago, esta poltrona y exuberante ciudad, que si no tuviese otros puntos de heráldica, los hallaría y muy legítimos, en sus cuatro siglos sobrados, ha venido siendo historiada, desmenuzada en todos los tonos, desde sus primeros años. Están en la memoria más infiel los acuciosos, abundantes, monumentales estudios de Alonso de Ovalle, Crescente Errázuriz, Vicuña Mackenna, Pérez Rcsales, Luis Amunátegui, etc., sobre esta displicente y robusta ciudad indoespañola, y en el tiempo actual no podemos olvidar los estudios de R. A. Latcham, Encina y tantos otros que recogen la vida pausada o animosa de lo que fuera el geométrico y mísero caserío ordenado por los alarifes del Capitán don Pedro de Valdivia.

La literatura ha sido, sin duda, el género más afortunado en cuanto toca a una expresión turgente de la ciudad humani-